

INTIMIDADES DE UN CONCURSO

o

¿QUE PASA EN LA NARRATIVA COLOMBIANA?

I

Nada contribuye mejor al brillo de un concurso, que el escándalo, aunque, como predijo el Maestro, ay de aquél por quien el escándalo viniere. No escribiría este artículo para contar apaciblemente las intimidades de un concurso, si no fuera por las destempladas insensateces del Sr. Germán Santamaría respecto a mi resolución de no acompañar con mi voto la otorgación del premio ^{de la Fundación Gouberek-C. Valencia} el cual, dado que estaba concedido por simple mayoría de un tribunal de tres, implicaba que un tercer jurado innominado no lo había votado. Me sospecho que es esta individuación del voto discorde lo que ha generado el frenesí del Sr. Santamaría.

Si entiendo bien sus argumentaciones, resultaría lo siguiente:

1. Me estaría prohibido votar en un concurso tal como mi leal saber y entender determinaran y en el momento en que así lo quisiera. Habiendo acompañado todas las deliberaciones del jurado, tal como correctamente establece el Sr. Camacho Guisado, no tendría derecho a introducir en el fallo mi disentimiento con el premio. Es una pintoresca idea sobre la actividad intelectual que, por suerte, nadie está obligado a compartir.

2. Estaría obligado, no solo a trabajar dos meses en la lectura de 95 obras, no solo a pagarme mis gastos en una ciudad extranjera durante mi permanencia en Bogotá y no solo a no recibir ninguna clase de honorarios, sino que además debía pagar mi viaje en avión para contribuir a la mayor gloria del concurso. Me temo que si el Sr. Santamaría difunde mucho su tesis será el obligado candidato a cuanto concurso se haga en Hong Kong o las Filipinas.

3. A esta altura del desvarío agrega que el hecho de que mi esposa, Marta Traba, hubiera sido invitada privadamente a la inauguración de la bienal de Cali y hubiera permanecido una semana más en Bogotá gracias a la hospitalidad de la Sra. Velázquez, todas cosas que nada tienen que ver con el concurso, me obligaba a votar un determinado premio. Insólito: parece una idea de los que Balzac llamaba "les dames de la Chaussée d'Antin". ¿No cree el Sr. Santamaría que se excede un poco en sus recorridas por el patio de vecindad?

Por estas razones parece que he pasado a la categoría de "pirata internacional", desmesura verbal previsible para cualquiera que hubiera echado una ojeada a Morir último. Dejemos por lo tanto las ^y mincias y pasemos al concurso.

II

Recién llegados a la segunda sesión del jurado, nos enteramos el Sr. Camacho y yo del tenor de las bases, comprendiendo las dificultades que habría para cumplirlas. Me refiero a las que me fueron entregadas pues al parecer había otras algo diferentes que nunca alcancé a ver. A pesar del reconocido talento colombiano para las leyes y los reglamentos, que los ha hecho maestros continentales de las filigranas jurídico-lingüísticas, estas bases no corroboraban tales dotes y diseñaban un tunel que fatalmente conducía a un único resultado, sin prever que el material no se ajustara a él.

Tenían curiosas contradicciones. Por una parte exigían el anonimato y por la otra permitían que al menos dos cuentos ya estuvieran publicados, lo que valía por develación de identidad. Establecían la participación de "todos los escritores de nacionalidad colombiana" pero agregaban que el jurado "estará facultado para otorgar menciones, las cuales no tendrán remuneración alguna" lo que para cualquier conocedor de estas lides implicaba que ninguno de los escritores formados, con amplia obra, se presentaría. A mayor abundamiento, el Sr. Santamaría nos explicó que había preferido aceptar el puesto de jurado y no presentarse, aunque ya tenía pronto un libro de cuentos, para no exponerse a ser simplemente mencionado tras un novel. Compreensible precaución.

Aun antes de conocer tales bases, en la primera sesión del jurado, los tres integrantes concordaron en que no había ningún libro que, parejamente, sostuviera un nivel de calidad, por lo cual no tenían proposiciones para premio. Había en cambio buenos cuentos independientes en no menos de diez libros presentados, pero junto a esos aciertos parciales, registraban sensibles caídas. Como sobre tal punto hubo unanimidad de vistas en los jurados, mis compañeros aceptaron de inmediato mi propuesta de dar el premio a una severa antología que reuniera los mejores cuentos presentados. Nos pareció una solución ajustada a los materiales de que disponíamos, la eventualidad de ofrecer un panorama válido de la narrativa joven colombiana, como una suerte de manifiesto generacional, y sobre todo la de componer un libro variado de atractiva lectura para los lectores. El conocimiento de las bases, que establecían que el premio debía ser "único e indivisible" echó por tierra esta posibilidad, agregando otra imposición: no podía ser declarado desierto.

El jurado barajó todas las soluciones imaginables, con acuerdo de sus tres integrantes, para encontrar una salida que reflejara la verdad

del material examinado, incluso la de empatar en tres proposiciones diferentes que, sino diez cuentos de diez autores, al menos permitiera distinguir tres libros de tres autores cuyos méritos y desméritos resultaban equivalentes, proponiendo que integraran un solo volumen y se les concediera el premio conjuntamente a los tres autores.

Tampoco fue posible por la oposición del editor Carlos Valencia. Como tengo ya veinte años de editor, puedo comprender sus cautelas financieras (no querer publicar más de un premio, no anunciar la tirada en las bases, no pagar derechos al autor premiado, no comprometerse a publicar menciones ni la antología subsidiaria/^{del premio}prevista, tomando solo opciones) pero como tengo aún más años de atender la crítica literaria latinoamericana no tengo por qué compartirlas. Lo importante de un concurso es proponer un libro realmente bueno (de autor individual si lo hay o colectivo si es necesario) apoyándolo con un decidido respaldo crítico. En América Latina no hay pocos, sino demasiados premios literarios, en los que lo único que importa es el monto en metálico, dado que no contribuyen casi en nada a la difusión del autor pues no le conquistan lectores. Es una forma disimulada del mecenazgo que mejor se ejercería mediante ayudas económicas a los escritores para que produzcan sus obras. La función de un premio es otra y la ilustra cabalmente el Goncourt en Francia, que retribuye al autor con una suma irrisoria, pero le asegura decenas de miles de lectores. Los premios deben servir para respaldar obras o autores, para persuadir al público de sus valores, para religar al autor con sus lectores desarrollando así una pujante literatura, cosas que sólo se conquistan aplicando criterios exigentes que establezcan pautas culturales confiables.

A esta altura solo quedaban dos soluciones: o renunciar al jurado, dejando en manos de los organizadores que habían montado su maquineta infernal, la resolución del problema, o, vistas las complicaciones que esto traería y la frustración de expectativas creadas, buscar "el menos malo", tal como se nos propuso, y darle un premio. Se hizo una votación exploratoria (una, y no siete como dice infladamente ^{el dictamen} a pedido del Sr. Santamaría) y yo mismo propuse que se concediera un premio en mayoría simple, tomando yo la responsabilidad de ser el voto negativo. Mis compañeros aceptaron el criterio de premio por simple mayoría, pero se opusieron a que individualizara mi voto negativo, prefiriendo que no quedaran marcados los votos. Criterio como se comprende que no estoy obligado a seguir, dado que tiene que ver con mi libre decisión de voto, por lo cual introduje en el

acta final, cuyos restantes términos comparto y aun ayudé a redactar, que en la votación del premio "renunciaba a participar", sustituyendo la negativa por la abstención, a modo de cortesía. Simultáneamente y justamente para no dar pie al tipo de inculpación monetaria de que se ha prevalecido puerilmente el Sr. Santamaría, renuncié a recibir honorarios por mi trabajo, el cual sí había cumplido enteramente, cosa que realmente debo decir, a fuer de sincero, que no costaba demasiado visto que, descontados mis gastos, se trataba de una suma irrisoria. En larga carta a la secretaria ejecutiva de la Fundación, expliqué éste y otros puntos. Si es necesario puedo agregar más detalles curiosos de los trabajos del jurado, pero considero que los apuntados son, por ahora, suficientes.

III

Caben algunas reflexiones sobre la situación de la narrativa colombiana actual a la luz del episodio. Soy de los que apuestan confiadamente a sus potencialidades, no solo porque ha dado un genio universal del nivel de Gabriel García Márquez, sino porque continúa produciendo talentosos narradores. Acabo de concluir una amplia antología de Novísimos narradores hispanoamericanos en marcha para recoger la producción de veinte escritores emergidos a la consideración pública después de 1964, quienes son por lo tanto herederos (continuadores o negadores) de los escritores del boom, para lo cual he tenido que leer mucha producción colombiana. En mi análisis del movimiento, prologando el volumen, concedo particular valor a la equilibrada solución artística que distingue a la narrativa colombiana en el juego de pulsiones culturales que vive el continente desde 1964 y especialmente desde 1968, lo que para mí se evidencia en la obra que aproximadamente desde hace seis años han llevado a cabo tres narradores notables, Plinio Apuleyo Mendoza, Luis Fayad y Rafael Humberto Moreno-Durán. Son ellos bien diferentes de los narradores con quienes represento a la Argentina (Manuel Puig, Juan José Saer, Mario Szichman) o al Uruguay (Eduardo Galeano, Cristina Peri Rossi) o a México (Jorge Ibargüengoitia, Fernando del Paso, José Agustín, Jorge Aguilar Mora), testimoniando cabalmente pautas culturales peculiares del país o la región, tal como puede verse en los vínculos que con ellos sostienen otros escritores colombianos del período cuya obra estudio, Oscar Collazos, Humberto Valverde, Policarpo Varón, Nicolás Suescún, Héctor Sánchez, Darío Ruiz, etc.

Tratando de comprender los motivos que los conducen a sus proposiciones artísticas, he observado la repetición en ellos de una situación que, para el Perú, fue objeto de análisis por parte de Mario Vargas Llosa: esa especie de exilio voluntario al que recurren para poder producir sus libros. Tal situación tiene múltiples explicaciones y entre todas ellas, creo oportuno distinguir algunas: liberación de las constricciones del medio provinciano, asunción mediante una competencia internacional de parámetros artísticos exigentes y modernos, inserción en un circuito latinoamericano editorial, aprendizaje del rigor crítico en todas sus formas. Esto último tiene que ver con la situación de la crítica en Colombia, me refiero a la crítica militante, que veo marcada por el provincianismo en una u otra de sus dos caras simétricas: amiguismo por un lado y terrorismo por la otra, benevolencia desmedida para el grupo amistoso, desdén y desprecio fuera de él, aun cuando se guarden las formas. Salvo excepciones tan prestigiosas y notorias como las de Hernando Valencia Goelkel o Juan Gustavo Cobo Borda, podría aventurarse que el puesto magistral que ocuparon Hernando Téllez y Eduardo Zalamea Borda para la generación literaria anterior, no ha sido ocupado con igual rigor y equilibrio en la más reciente. Los diarios, revistas, radios, tienen muchos columnistas, pero muy pocos críticos que sigan día a día, con rigor y con equilibrio, con espíritu exigente y con interés participante, la obra que están realizando los nuevos, analizando, discutiendo, orientando. Pero además, creo con Eliot que la misma producción literaria exige contemporáneamente que el escritor sea asimismo crítico y aun que asuma una saludable disconformidad con su propio trabajo sometiéndolo a una permanente revisión.

Es bien interesante recuperar los comienzos de narradores hoy día capitales como Cortázar u Onetti, o Borges o Carpentier, pues proporcionan abundante material crítico sobre el estado de las letras de su tiempo, requisitorias que testimoniaban su espíritu exigente, búsqueda de maestros fuera del ámbito provinciano, decidido afán de competir en la gran escena. Para no salir de Colombia, recuérdese cómo García Márquez comenzó enjuiciando la literatura de su patria como "un fraude a la nación". Todos fueron críticos de los demás y de ellos mismos, todos enfrentaron las mayores dificultades económicas sin poner a su cuenta la imposibilidad de realizar una obra valedera, todos se exigieron con el máximo rigor y triunfaron. Ahora que se han publicado las columnas periodísticas de García Márquez en sus años barranquilleros, es su actitud crítica, aun más que sus

ideas o gustos literarios, la que establece un modelo persuasivo. Sus comentarios sobre algunos premios otorgados en la época ilustran un rigor al cual creo que se debe rendir reverencia hoy día, pues parodiando la frase de Valéry a Mallarmé, creo que en cualquier rincón de la provincia hay un joven que se haría matar por los valores superiores del arte, pues está posesionado de una altiva lección crítica que no le permite transigir con nada que no sea el más alto y tenso esfuerzo creativo. Será ese joven, y no otros, quien hará la futura gran literatura de su patria y es sabido que una nación necesita tanto como una robusta economía, una robusta literatura para sobrevivir.

August Taura